

Ocio, Ensayo posdramático de la filosofía de Diego Pérez Pezoa. Ed. A89.

Mauricio Rojas  *

Universidad de Chile, Chile

DOI: 10.5281/zenodo.6910610

El libro, *Ocio, Ensayo posdramático de la filosofía* de Diego Pérez Pezoa, me hace pensar en qué es lo que sobrevive, qué queda, de qué modo se presenta la filosofía y el filosofar cuando la escena se muestra. ¿Es la escena lo que aparece? ¿No es necesario construir un teatro extraño para ver esa escenificación? En este sentido lo que sobrevive es la puesta en escena de la escena misma que Pérez llamará posdrama de la filosofía, lugar o suspensión pensante del ocio. Tránsito de una transgresión inacabada. Pero, porque no se ha podido o porque no se puede cruzar hacia el otro lado, no hay el otro lado. El libro *Ocio (Scholé) ensayos posdramáticos de la filosofía*, presenta un camino meditado, una cámara lenta que mira, que se detiene en el momento del desasimio de la visión filosófica de la tradición. Es decir que nos lleva por los lugares de construcción de la filosofía y los discursos filosóficos. Pero lo hace desde la estética, de un modo tal que nos abre al efecto sensitivo de la filosofía. La captura de un efecto que nos pone en un lugar, desde donde ejercemos el juicio.

La tesis o el hilo que tomamos o nos toma para seguir esa mirada, esa cámara que nos abre a los restos de un conflicto que requiere nuestra atención y que alberga el proceso de la tradición en el modo en que presenta sus verdades, es el ocio como escena posdramática de la filosofía. Es la reflexión y suspensión sobre los materiales de construcción del efecto filosofante y sus instalaciones metafísicas, sus críticas y derrumbes. El encuentro con uno. Sostenida en las oscilaciones que han expuesto autores como Rancière o Nancy se abre paso en cada una de sus partes exponiendo el reparto y el requerimiento de una experiencia común que se encuentra con su inoperancia, en la apertura hacia lo otro, la materialidad el cuerpo, la sensibilidad como elementos condicionales, disimulados por la tradición y que aparecen en el ocio de las escenas posdramáticas.

Cuando la escena se suspende, desde dónde se sostiene una mirada que parece caer. Es como lo piensa Deleuze, desde un tiempo que solo se presenta de manera incesante. Que no cesa de pasar, ahí donde la filosofía recupera el tiempo Diego Pérez Pezoa instala una reflexión que la filosofía de la segunda mitad del siglo XX y entrando en el XXI se ha visto exigida a realizar cuando ha tocado el límite y sus preguntas dan cuenta de la ficción escenográfica que ha sostenido su historia. Ficción en el sentido de la organización y separación de los aspectos ontológicos eidéticos que determinan la subordinación jerárquica del cuerpo, de la materia al comportamiento de una unidad que se exige en ella sea cumplida. Escisión fundante.

Los derroteros de la palabra ocio tienen una ancestralidad revisitada, para pensarla ante la escenificación del teatro suspendido que expone todos los elementos de la reflexión y se vincula a aspectos del privilegio del tiempo y de los dominios en el reparto y apropiación del cuerpo acompañado por autores que nos permiten entrar en esa reflexión. Desde la filosofía clásica, la marca indeleble de Platón y Aristóteles, cruzados por las reflexiones del reparto de lo sensible y el tiempo de despliegue de los cuerpos en la trama de significaciones que nos permite pensar Rancière. En este sentido los cualquiera que aparecen en la escena es la relación sensible entre los cuerpos que se organizan y efectúan el sentido. Cuando estos aparecen improductivos entonces lo que ocurre es que se abren los trazos que demarcan la cesura del límite en el que se despliegan. Hacerlo aparecer requiere de un re-trazo que los abre a los materiales que permiten

*Contacto: rojasmauricio2@gmail.com Es Doctor en filosofía con mención en estética y teoría del arte por la Universidad de Chile.

esa construcción de cuerpo y de tiempo tomado por el horizonte que los subordina. Por esto, la programación que revisa el libro nos expone a lo político por el modo en que aquello organiza de manera fatigante, pensando junto a Sloterdijk, las ocupaciones que no permiten abrir la mirada hacia el aspecto pensante de la suspensión que requiere ver la escena y sus demarcaciones.

Ocio, ensayo posdramático de la filosofía es una apertura, en una primera etapa de recorrido por el modo en que el ocio es puesto frente a la condición de ocupación y demolición de la instancia de ocio puesto solo al servicio neoliberal de la productividad. Cómo pensar desde este espacio el ocio. Ya que ha adquirido un significado que se aleja de lo que implica el ocio como pensamiento.

El texto nos expone a escenas filosóficas, escenas visuales, escenas literarias, escrituras y búsquedas suspendidas en el proceso de comprensión, de contemplación. Y el oído del teatro filosófico agudiza sus movimientos. Por ello nos permite pensar que la escena no solo se compone de los elementos claramente establecidos y evidenciados en su construcción. Sino que emergen en ellos los elementos periféricos a los que Foucault pone oído, o la filosofía francesa de los setenta sigue como una mirada que logra ver aquello que no vemos e interrumpe la escena y la expone al movimiento incesante de un tiempo otro. Muestra que en esa suspensión de la escena y sus elementos periféricos el movimiento de los opuestos no tiene efecto. Asume un movimiento extraño. Al parecer el libro opera desde ahí en la posibilidad de escenificar la mirada. Tiene un punto ciego, por eso es que se sumerge en la distancia del proceso que no acaba, porque se exige de él una determinación y se abre a la indeterminación en la que la escritura, la imagen y la escena circulan bifurcando el tiempo del sentido. Elabora desde ahí las condiciones conflictivas del retorno de una mirada que busca unidad y que decanta en los fantasmas de las comunidades que han despertado la brutalidad fascista. Cómo, por ello, pensar la comunidad teniendo en cuenta esos aspectos periféricos.

Por último la técnica y la meditación ociosa que toca el pensamiento y sus modos de producción. Hace referencias en este sentido a Marx como a Heidegger y Husserl. Estos vinculados al tiempo, al privilegio pequeño burgués del tiempo del pensar y de la sensibilidad. De la poética como el cualquiera que habita el mundo y se expone a la relación inmersa con el medio y que exige el bosque, en el caso de Heidegger y su serenidad meditativa que se aparta del pensar calculador o progresivo de la ciencia. Lo que emergería sería una relación auténtica con el ser. En Marx piensa el tiempo de ocio que requiere la reflexión que llevó al pensador profético a realizar *Das Kapital*. Cómo ese tiempo de ocio es el tiempo incesante de la construcción crítica del pensamiento que vuelve sobre la tradición y nos muestra que la filosofía se ha dedicado a representar el mundo pero no a transformarlo. Ese punto es un hilo interesante del ocio porque cita todo el proceso del libro como posibilidad que muestra la operación de las piezas que la historia de la tradición ha implicado en un ser fijo. La necesidad de ese tiempo de ocio, como modo auténtico del pensar recuperado en la suspensión de la escena. ¿Qué da ocasión a los modos heredados de la filosofía?, pregunta que surge al mirar los elementos que no muestra el libro en el proceso del ocio y su escena posdramática. Estos elaboran la reflexión contemporánea sobre las formas grabadas por la tradición y sus desvíos. Se abre desde ahí al abismo del ser pensado por Nietzsche o en Marx como posibilidad de transformación radical de la sociedad a partir del ocio requerido para pensar los mecanismos del capital.

Dicho esto, me parece que el libro está envuelto y sumergido en la espectralidad de un murmullo que recorre los espacios de la escritura y el cuerpo y que emergen en ese proceso de suspensión escénico. Un murmullo, como si del coro de la tragedia griega se tratase en cuanto a la embriaguez dionisiaca que nos expresa Nietzsche. Y que retorna como desvío de una otredad que decanta en el flujo y reflujo del abismo. Donde la serenidad del bosque parece murmurar un aspecto que nos deshace a su imagen. Cosmos sin centro. Desvío inevitable. Surge, entonces, la necesidad de repensar la escena a partir del ocio, su reparto y su composibilidad, esa es su herejía.